



Luisa Valenzuela

CAMBIO DE ARMAS Y OTROS CUENTOS POLÍTICOS





Valenzuela, Luisa

Cambio de armas : y otros cuentos políticos / Luisa Valenzuela. - 1a ed.
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Marea, 2026.
192 p. ; 23 x 15 cm. - (Narrativa / Brunet, Constanza)

ISBN 978-987-823-125-9

1. Narrativa Argentina. 2. Feminismo. 3. Historia Argentina. I. Título.
CDD A860

Dirección editorial: Constanza Brunet

Edición: Debret Viana

Coordinación editorial: Florencia Acher

Asistencia editorial: Julieta Rojas

Comunicación: Verónica Abdala

Diseño de tapa e interiores: Hugo Pérez

Corrección: Juan Pablo Csipka

Imagen de tapa: *La censura*, Carlos Alonso, 1969.

Fotografía de Pablo Messil.

© 2026 Luisa Valenzuela

© 2026 Editorial Marea SRL

Pasaje Rivarola 115 – Ciudad de Buenos Aires – Argentina

Tel.: (5411) 4371-1511

mareaa@editorialmarea.com.ar | www.editorialmarea.com.ar

ISBN 978-987-823-125-9

Impreso en Argentina – *Printed in Argentina*

Depositado de acuerdo con la Ley 11.723. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin permiso escrito de la editorial

Nota del editor

Acá siguen pasando cosas raras

Las virtudes de la literatura de Luisa Valenzuela –esto no es ninguna novedad– proliferan. Su obra es como una caja de resonancias que afina nuevos y pertinentes sonidos acordes a la realidad específica a la que sean acercados; en suma, lo que tiene para decirnos linda con lo inagotable.

Cuando comprendimos que era necesario, particularmente hoy, publicar este volumen de cuentos, no fue la consagrada calidad literaria la que nos convocó, ni el goce que la lectura de su prosa singular conlleva; estas cosas las sabíamos y las dábamos por descontadas.

De un tiempo a esta parte, un tiempo que no es tan arduo fechar, la realidad política y social de nuestro país se fue oscureciendo, evocando simetrías con las tinieblas más pavorosas de nuestra historia. Fue observando el progresivo debilitamiento de nuestras democracias y el avance de los embistes que recibía el corazón de la idea de país que nos cobijaba que sentimos que era vital concebir y propiciar libros que pudiesen incidir, sea como advertencia, como resguardo o como lugar de encuentro, en nuestra precarizada coyuntura: un libro no solo como un espacio de entretenimiento ni como una proeza cultural, sino como acción, como un instrumento político para afectar el camino al destino sombrío que nos aguarda si no resistimos. Una labor que Marea lleva a cabo desde hace veintidós años, pero que cobra hoy una nueva y feroz urgencia.

Fue así que, a 50 años del comienzo de la última dictadu-

ra argentina, recobramos el tesoro de estos cuentos de Luisa Valenzuela, que más allá de sus dones literarios poseen la peculiar lucidez de haber sido escritos en tiempo real. Como cuenta la misma Luisa, el peligro de escribir y de leer estos textos en aquella época oscura, la llevó a postergar su publicación y mandarlos a un cajón a salvo de las miradas autoritarias. En parte por esto y en parte por arbitrariedades injustas, una *nouvelle* de la relevancia histórica de *Cambio de armas* tardó en ser publicada en Argentina más de veinte años. A pesar de ser celebrada por la crítica, a pesar del impacto que generaron sus publicaciones internacionales y a pesar de brindar una luz singular sobre episodios neblinosos de aquellos siniestros años, pasó insólitamente desapercibida para un canon que podría haberse enriquecido de la mirada femenina y ferozmente artística de Luisa Valenzuela. Ella narró como nadie los horrores de la dictadura cívico-militar mientras ocurrían, llegando, en algunos casos, a dar un cuerpo literario a horrores mucho antes de que supiéramos que estaban ocurriendo (horrores indescriptibles, inhumanos, casi lovecraftianos, que recién gracias a los juicios de 1985 fueron documentados y pasaron a ser parte férrea de la historia de nuestro país).

Esa carga profética, no poco frecuente en estas ficciones, nos habla de la sensibilidad de una literatura capaz de ver lo que, estando en el aire, aún no era visible. Con una excepcional imaginación, metáforas y elipsis para hablar de lo indecible, las protagonistas de estos relatos son sin duda las mujeres. Víctimas, victimarias por momentos, portadoras y generadoras del deseo que recorre todo el libro, creadoras de diversas formas de resistencia al horror imperante.

Es esa sabiduría, contenida y retratada en los cuentos de este volumen, la que queremos compartir, porque implica no solo una gracia literaria, no solo un portentoso valor histórico, sino también la advertencia sobre la peligrosidad de las rimas y semejanzas que la sombra de las atrocidades de 1976 extiende sobre nuestros días. Estamos convencidos, además, de que es

vital poner en conversación estos cuentos con las obras pilares de la literatura de dictadura, ya que la potencia que le brindan su mirada femenina, la originalidad de su enfoque y la lucidez de haber contado los horrores mientras ocurrían hacen de este volumen una obra indispensable para leer la época.

Continuando con la Biblioteca Luisa Valenzuela,¹ reunimos en este libro los cuentos publicados en *Cambio de armas*, como también otros relatos de la autora que ávidamente nos hablan de nuestro país, de los setenta, de nosotros y de hoy, y proponemos un orden de lectura que entrama la delicadeza de un arte sofisticado y la urgencia irreverente de una voz que nos advierte que acá siguen pasando cosas raras y que los monstruos todavía caminan entre nosotros.

Buenos Aires, junio de 2026

MAREA
EDITORIAL

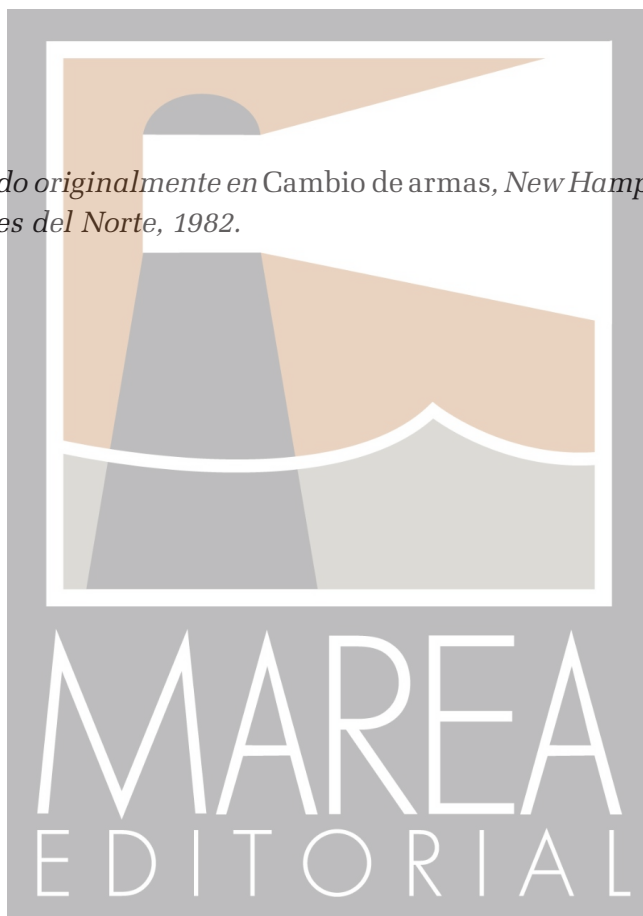
1 Junto con las editoriales Interzona y Factotum, Marea ha encarado la creación de la Biblioteca Luisa Valenzuela. Entre los títulos que la integran destacan las novelas *El Mañana*, *Carta de navegación*, *Cola de lagartija*, *El gato eficaz* y *Fiscal muere* (Interzona), los ensayos *¿De dónde vienen las historias?* (Factotum) y *Los tiempos detenidos. Encierro y escritura* (Marea) y una recopilación de sus mejores notas periodísticas *La mirada horizontal* (Marea). Son textos fundamentales que reflejan la diversidad, el riesgo formal y la potencia narrativa que han convertido a Valenzuela en una figura central de la literatura contemporánea.



Cambio de armas

MAREA
EDITORIAL

*Publicado originalmente en Cambio de armas, New Hampshire,
Ediciones del Norte, 1982.*



Las palabras

No le asombra para nada el hecho de estar sin memoria, de sentirse totalmente desnuda de recuerdos. Quizá ni siquiera se dé cuenta de que vive en cero absoluto. Lo que sí la tiene bastante preocupada es lo otro, esa capacidad suya para aplicarle el nombre exacto a cada cosa y recibir una taza de té cuando dice quiero (y ese quiero también la desconcierta, ese acto de voluntad), cuando dice quiero una taza de té.

Martina la atiende en sus menores pedidos. Y sabe que se llama así porque la propia Martina se lo ha dicho, repitiéndoselo cuantas veces fueron necesarias para que ella retuviera el nombre. En cuanto a ella, le han dicho que se llama Laura, pero eso también forma parte de la nebulosa en la que transcurre su vida.

Después está el hombre: ese, él, el sinnombre al que le puede poner cualquier nombre que se le pase por la cabeza, total, todos son igualmente eficaces y el tipo, cuando anda por la casa, le contesta, aunque lo llame Hugo, Sebastián, Ignacio, Alfredo o lo que sea. Y parece que anda por la casa con la frecuencia necesaria como para aquietarla, un poco, poniéndole una mano sobre el hombro y sus derivados, en una progresión no exenta de ternura.

Y después están los objetos cotidianos: esos llamados plato, baño, libro, cama, taza, mesa, puerta. Resulta desesperante, por ejemplo, enfrentarse con la llamada puerta y preguntarse qué hacer. Una puerta cerrada con llave, sí, pero las

llaves ahí nomás sobre la repisa al alcance de la mano, y los cerrojos fácilmente descorribles, y la fascinación de un otro lado que ella no se decide a enfrentar.

Ella, la llamada Laura, de este lado de la llamada puerta, con sus llamados cerrojos y su llamada llave pidiéndole a gritos que transgreda el límite. Solo que ella no, todavía no; sentada frente a la puerta reflexiona y sabe que no, aunque en apariencia a **nadie le importe demasiado.**

Y de golpe la llamada puerta se abre y aparece el que ahora llamaremos Héctor, demostrando así que él también tiene sus llamadas llaves y que las utiliza con toda familiaridad. Y si una se queda mirando atentamente cuando él entra —ya le ha pasado otras veces a la llamada Laura— descubre que junto con Héctor llegan otros dos tipos que se quedan del lado de afuera de la puerta como tratando de borrarse. Ella los denomina Uno y Dos, cosa que le da una cierta seguridad o un cierto escalofrío, según las veces, y entonces lo recibe a él sabiendo que Uno y Dos están fuera del departamento (¿departamento?), ahí nomás del otro lado de la llamada puerta, quizás esperándolo o cuidándolo, y ella a veces puede imaginar que están con ella y la acompañan, en especial cuando él se le queda mirando muy fijo como sopesando el recuerdo de cosas viejas de ella que ella no comparte para nada.

A veces le duele la cabeza y ese dolor es lo único íntimamente suyo que le puede comunicar al hombre. Después él queda como ido, entre ansioso y aterrado de que ella recuerde algo concreto.

El concepto

Loca no está. De eso al menos se siente segura, aunque a veces se pregunte –y hasta lo comente con Martina– de dónde sacará ese concepto de locura y también la certidumbre. Pero al menos sabe, sabe que no, que no se trata de un escaparse de la razón o del entendimiento, sino de un estado general de olvido que no le resulta del todo desagradable. Y para nada angustiante.

La llamada angustia es otra cosa: la llamada angustia le oprime a veces la boca del estómago y le da ganas de gritar a *bocca chiusa*, como si estuviera gimiendo. Dice –o piensa– gimiendo, y es como si viera la imagen de la palabra, una imagen nítida a pesar de lo poco nítida que puede ser una simple palabra. Una imagen que sin duda está cargada de recuerdos (¿y dónde se habrán metido los recuerdos? ¿Por qué sitio andarán sabiendo mucho más de ella que ella misma?). Algo se le esconde, y ella a veces trata de estirar una mano mental para atrapar un recuerdo al vuelo, cosa imposible; imposible tener acceso a ese rincón de su cerebro donde se le agazapa la memoria. Por eso nada encuentra: bloqueada la memoria, enquistada en sí misma como en una defensa.

La fotografía

La foto está allí para atestiguarlo, sobre la mesita de luz. Ella y él mirándose a los ojos con aire nupcial. Ella tiene puesto un velo y tras el velo una expresión difusa. Él en cambio tiene el aspecto triunfal de los que creen que han llegado. Casi siempre él —casi siempre cuando lo tiene al alcance de la vista— adopta ese aire triunfal de los que creen que han llegado. Y de golpe se apaga, de golpe como por obra de un interruptor se apaga y el triunfo se convierte en duda o en algo mucho más opaco, difícilmente explicable, insondable. Es decir: ojos abiertos pero como con la cortina baja, ojos herméticos, fijos en ella y para nada viéndola, o quizá solo viendo lo que ella ha perdido en alguna curva del camino. Lo que ha quedado atrás y ya no recuperará porque, en el fondo, de lo que menos ganas tiene es de recuperarlo. Pero camino hubo, le consta que camino hubo, con todas las condiciones atmosféricas del camino humano (las grandes tempestades).

Eso de estar así, en el presente absoluto, en un mundo que nace a cada instante o a lo sumo que nació pocos días antes (¿cuántos?) es como vivir entre algodones: algo mullido y cálido, pero sin gusto. También sin asperezas. Ella poco puede saber de asperezas en este departamento del todo suave, levemente rosado, acompañada por Martina que habla en voz bajísima. Pero intuye que las asperezas existen sobre todo cuando él (¿Juan, Martín, Ricardo, Hugo?) la aprieta demasiado fuerte, más un estrujón de odio que un abrazo de amor o al menos de

deseo, y ella sospecha que hay algo detrás de todo eso pero la sospecha no es siquiera un pensamiento elaborado, solo un detalle que se le cruza por la cabeza y después nada. Después el retorno a lo mullido, al dejarse estar, y de nuevo las bellas manos de Antonio o como se llame acariciándola, sus largos brazos laxos alrededor del cuerpo de ella teniéndola muy cerca, pero sin oprimirla.



Los nombres

Él a veces le parece muy bello, sobre todo cuando lo tiene acostado a su vera y lo ve distendido.

—Daniel, Pedro, Ariel, Alberto, Alfonso —lo llama con suavidad mientras lo acaricia.

—Más —pide él y no se sabe si es por las caricias o por la sucesión de nombres.

Entonces ella le da más de ambos y es como si le fuera bautizando cada zona del cuerpo, hasta las más ocultas. Diego, Esteban, José María, Alejandro, Luis, Julio, y el manantial de nombres no se agota y él sonríe con una paz que no es del todo sincera. Algo está alerta detrás del dejarse estar, algo agazapado dispuesto a saltar ante el más mínimo temblor de la voz de ella al pronunciar un nombre. Pero la voz es monocorde, no delata emoción alguna, no vacila. Como si estuviera recitando una letanía: José, Francisco, Adolfo, Armando, Eduardo, y él puede dejarse deslizar en el sueño sintiendo que es todos esos para ella, que cumple todas las funciones. Solo que todos es igual a ninguno y ella sigue recitando nombres largo rato después de saberlo dormido, recitando nombres mientras juega con el abúlico, entristecido resto de la maravilla de él. Recitando nombres como ejercicio de la memoria y con cierto deleite.

El de los infinitos nombres, el sinnombre, duerme y ella puede dedicarse a estudiarlo hasta el hartazgo, sensación esta que muy pronto la invade. El sinnombre parece dividir su

tiempo con ella entre hacerle el amor y dormir, y es una división desapareja: la mayor parte de las horas duerme. Aliviado, sí, ¿pero de qué? Hablar casi ni se hablan, muy pocas veces tienen algo que decirse: ella no puede siquiera rememorar viejos tiempos y él actúa como si ya conociera los viejos tiempos de ella o como si no le importaran, que es lo mismo.

Entonces ella se levanta con cuidado para no despertarlo –como si fuera fácil despertarlo una vez que él se ha entregado al sueño– y desnuda se pasea por el dormitorio y a veces va a la sala sin preocuparse por Martina y se queda largo rato mirando la puerta de salida, la de los múltiples cerrojos, preguntándose si Uno y Dos seguirán siempre allí, si estarán durmiendo en el umbral como perros guardianes, si serán solo sombras y si podrán llegar a ser sombras amigas de esta mujer extraña.

Extraña es como se siente. Extranjera, distinta. ¿Distinta de quiénes, de las demás mujeres, de sí misma? Por eso corre de vuelta al dormitorio a mirarse en el gran espejo del ropero. Allí está, de cabo a rabo: unas rodillas más bien tristes, puntiagudas, en general muy pocas redondeces y esa larga, inexplicable cicatriz que le cruza la espalda y que solo alcanza a ver en el espejo.

Una cicatriz espesa, muy notable al tacto, como fresca, aunque ya esté bien cerrada y no le duela. ¿Cómo habrá llegado ese costurón a esa espalda que parece haber sufrido tanto? Una espalda azotada. Y la palabra azotada, que tan lindo suena si no se la analiza, le da piel de gallina. Queda así pensando en el secreto poder de las palabras, todo para ya no, eso sí que no, basta, no volver a la obsesión de la fotografía.

No volver y vuelve, claro que vuelve, es lo único que realmente la atrae en toda esa casa pequeña y cálida y ajena. Completamente ajena con sus tonalidades pastel que no pueden haber sido elegidas por ella aunque, ¿qué hubiera elegido ella? Tonos más indefinidos, seguramente, colores solapados como el color del sexo de él, casi marrón de tan oscuro.

Y dentro de esa casa por demás ajena, ese elemento personal que es lo menos suyo de todo: la foto de casamiento. Él está allí tan alerta y ella luciendo su mejor aire ausente tras el velo. Un velo sutilísimo que solo le ilumina la cara desde fuera, marcándole la nariz (la misma que ahora contempla en el espejo, que palpa sin reconocerla para nada como si le acabara de crecer sobre la boca. Una boca algo dura hecha para una nariz menos liviana).

Laura, que todos los días sean para nosotros dos iguales a este feliz día de nuestra unión. Y la firma bien legible: Roque. Y es ella en la foto, no queda duda a pesar del velo, ella la llamada Laura. Por lo tanto, él: Roque. Algo duro, granítico. Le queda bien, no le queda bien; no cuando él se hace de hierbas y la envuelve.



Índice

Nota del editor

Acá siguen pasando cosas raras..... 7

CAMBIO DE ARMAS 11

OTROS CUENTOS POLÍTICOS..... 49

Cuarta versión 51

La palabra asesino 103

Ceremonias de rechazo 117

De noche soy tu caballo 129

Simetrías 133

Aquí pasan cosas raras 145

Los censores 155

El custodio de Blancanieves 159

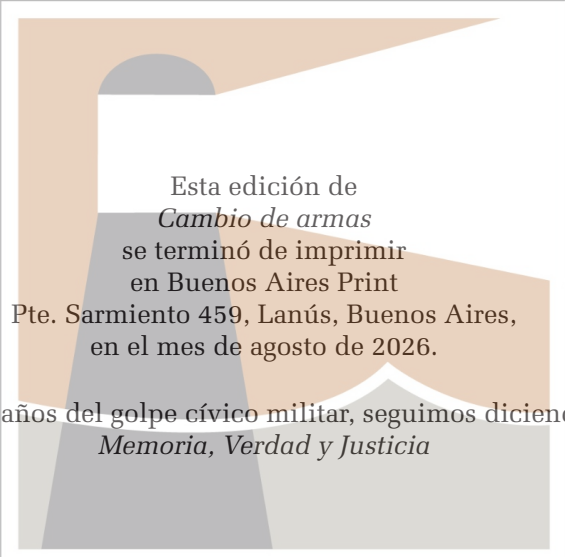
La historia de papito..... 165

Los mejor calzados..... 169

La llave 171

Tiempo de retorno 177

Epílogo por Luisa Valenzuela..... 187



Esta edición de
Cambio de armas
se terminó de imprimir
en Buenos Aires Print
Pte. Sarmiento 459, Lanús, Buenos Aires,
en el mes de agosto de 2026.

A 50 años del golpe cívico militar, seguimos diciendo
Memoria, Verdad y Justicia

MAREA
EDITORIAL